

# El experimento

Bestseller Internacional

## Biografía

Sebastian Fitzek nació en Berlín en 1971. Su primera novela, el *thriller* psicológico *Terapia*, alcanzó en seguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual. Sus dos obras posteriores, *Amokspiel* y *Das Kind*, lo consagraron como el maestro alemán del *thriller* psicológico. Sebastian Fitzek es también uno de los pocos autores alemanes cuyas obras, traducidas a más de veinte idiomas, han sido publicadas en Estados Unidos y en Inglaterra, países de la novela de suspense por excelencia.

Más información en: [www.sebastianfitzek.de](http://www.sebastianfitzek.de)

# **Sebastian Fitzek**

## El experimento

Traducción de Noelia Lorente

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Der Seelenbrecher*

- © Droemersch Verlagsgesellschaft Th. Knaur Nachf. GmbH & Co. KG, Munich, Germany  
Publicado de acuerdo con AVA international GmbH, Germany, [www.ava-international.de](http://www.ava-international.de),  
y Ute Körner Literary Agent, S. L., Barcelona, [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com), 2008
- © por la traducción, Noelia Lorente, 2012
- © Editorial Planeta, S. A., 2012  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ilustración de la cubierta: © Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2012  
Depósito legal: B. 431-2012  
Composición: La Nueva Edimac, S. L.  
Impreso y encuadernado en Barcelona por: **blackprint**  
Printed in Spain - Impreso en España

A CPI COMPANY

## Nota de la editora

*El experimento* narra tres historias paralelas: el estudio, en tiempo real, de un expediente médico por parte de un profesor de Psicología y dos de sus alumnos, los hechos acontecidos en el pasado en la clínica Teufelsberg y los recuerdos de Caspar, el paciente amnésico del centro psiquiátrico.

Hasta aquí, todo parece normal. Pero lo ingenioso de esta novela empieza precisamente en este punto... Los tres hilos narrativos se diferencian en la novela con un tipo de letra distinto y con una numeración propia, dependiendo de si estamos en la actualidad o en el pasado. Así, el maestro alemán del terror psicológico te facilita la lectura... pero también te invita a jugar. Porque sólo serás capaz de descubrir quién se oculta tras el Destructor de almas si sigues el camino correcto y no te dejas engañar por las falsas evidencias. Descifra las pistas y las referencias que Fitzek va dejando a lo largo de toda la novela y conseguirás derrotar el origen de tu miedo.

Y, antes de empezar a leer, una advertencia: ten cuidado, porque cualquiera puede ser la próxima víctima...



*Para Gerlinde*





«No le tengo miedo a la muerte,  
es sólo que no quisiera estar allí cuando suceda.»

WOODY ALLEN



## 71 días antes del miedo

*Pág. 1 y ss. del  
Expediente Clínico n.º 131071/VL*

Afortunadamente todo había sido un sueño. No estaba desnuda ni sus piernas estaban atadas a aquella vieja silla de ginecología, mientras un loco perturbado ordenaba sus instrumentos quirúrgicos encima de una mesa oxidada. Al principio, cuando el hombre se dio la vuelta, ella no pudo ver lo que sostenía su mano cubierta de sangre incrustada. Luego, al darse cuenta de lo que era, quiso cerrar los ojos sin éxito. Era incapaz de apartar la mirada de la llama del soplete mientras éste se iba acercando lentamente a la mitad de su cuerpo. El desconocido tenía la cara quemada y, con los ojos bien abiertos, sujetaba el instrumento fijando la dirección. Pensó que nunca había sentido tanto dolor como el que viviría en el poco tiempo que le quedaba de vida. Sin embargo, cuando el soplete desapareció de su vista y empezó a notar un calor cada vez mayor entre sus piernas, presintió que la tortura de las últimas horas no había hecho más que empezar.

Entonces, cuando ya creía percibir el olor a carne quemada, lo vio todo con claridad: el sótano húmedo y frío al que la habían traído, la lámpara halógena que oscilaba sobre su cabeza, la silla de tortura y la mesa metálica se desvanecieron dejando un gran vacío tras de sí.

«Gracias a Dios —pensó— sólo es un sueño.» Abrió los ojos pero no logró comprender lo que ocurría.

Seguía atrapada en la misma pesadilla, nada había cambiado.

«¿Dónde estoy?»

La decoración interior del lugar dejaba entrever que se trata-

ba de la habitación de un hotel venido a menos. Sobre una antigua cama de matrimonio había una colcha llena de manchas, sucia y plagada de quemaduras, al igual que la moqueta de color verde amarronado.

El hecho de tener que sentir bajo sus pies el tejido áspero de la alfombra hizo que la mujer se retorciera aún más en aquella incómoda silla de madera.

«Estoy descalza. ¿Dónde están mis zapatos? ¿Y qué hago sentada en un sitio de mala muerte como éste mirando la imagen distorsionada de una carta de ajuste en blanco y negro?»

Las preguntas rebotaban en el interior de su cabeza como bolas de billar; de repente, se sobresaltó como si alguien le hubiera dado un puñetazo y enseguida desvió su mirada hacia donde provenía el ruido: era la puerta de la habitación y ésta empezó a temblar con fuerza hasta que, finalmente, se abrió de golpe y dos policías entraron precipitadamente.

Observó que los hombres vestían de uniforme e iban armados. Primero apuntaron sus armas en dirección a su pecho, pero después las fueron bajando lentamente. La tensión que mostraban sus caras pasó a convertirse en horror y desconcierto.

—Maldita sea, ¿qué ha pasado aquí? —oyó que preguntaba el más bajito de los dos, el primero que había entrado al derribar la puerta.

—¡Enfermera! —gritó el otro—. ¡Llame a un médico, necesitamos ayuda enseguida!

«Gracias a Dios», pensó por segunda vez en pocos segundos. El miedo apenas la dejaba respirar, le dolía todo el cuerpo y olía a orina y excrementos. Todo ello y la realidad de no saber cómo había llegado hasta aquel lugar la estaban volviendo loca. Al menos ahora había dos policías ante ella que querían pedir ayuda médica. No era una maravilla, pero siempre era mejor que tener delante a un loco apuntándole con el soplete.

Tan sólo habían transcurrido unos segundos cuando un mé-

dico calvo y con un pendiente en la oreja irrumpió en la habitación y se arrodilló junto a ella. Parecía que se aproximaba una ambulancia: no era una buena señal.

—¿Puede oírme?

—Sí... —le contestó al médico, que parecía haber tenido las ojeras tatuadas en la cara toda la vida.

—Parece que no puede entenderme.

—Sí, le oigo...

Quiso levantar los brazos, pero los músculos no le respondían.

—¿Cómo se llama?

El médico sacó un bolígrafo linterna del bolsillo de su camisa y lo enfocó hacia los ojos de la mujer.

—Vanessa —dijo con voz ronca, y añadió—: Vanessa Strassmann.

—¿Está muerta? —oyó que preguntaba el policía que había detrás.

—Maldita sea, sus pupilas apenas reaccionan a la luz. Parece que no pueda vernos ni escucharnos. Se encuentra en estado catatónico, posiblemente en coma.

—¡Pero qué estupidez dice! —gritó Vanessa. Quiso levantarse, pero ni siquiera podía alzar el brazo.

«¿Qué está ocurriendo aquí?»

Repitió sus pensamientos en voz alta intentando hablar lo más claro posible; no parecía que alguien quisiera escucharla. En vez de eso, todos se alejaban de ella para conversar con alguien a quien no había visto hasta entonces.

—¿Y desde cuándo, dice usted, se encuentra en esta habitación?

La cabeza del médico le impedía ver la puerta con claridad. Desde allí pudo oír entonces la voz de una mujer joven:

—Seguramente desde hace tres días, quizá más tiempo. Cuando se registró aquí pensé que le pasaba algo, pero dijo que no quería que la molestasen.

«¿Pero qué tonterías está diciendo?» —Vanessa sacudió la cabeza—. «¡Yo nunca he venido aquí por mi propia voluntad, ni siquiera una noche!»

—No le hubiera llamado si no hubiera sido por este terrible estertor, cada vez más alto y...

—¡Miren eso! —oyó la voz del policía bajito directamente en su oído.

—¿Qué?

—Hay algo ahí, mírenlo.

Vanessa sintió cómo los dedos del médico separaban cuidadosamente con una pinza alguna cosa de su mano izquierda.

—¿Qué es? —preguntó el policía.

Vanessa estaba tan sorprendida como el resto de los presentes en la habitación; ni siquiera se había dado cuenta de que sostenía algo en su mano.

—Una nota.

El médico desdobló la hoja, que estaba plegada por la mitad. Vanessa desvió la mirada para echarle un vistazo, pero solamente pudo ver algunos jeroglíficos sin sentido. El texto estaba escrito en una lengua que no conocía.

—¿Qué pone? —preguntó el otro funcionario desde la puerta.

—Es extraño. —El médico arrugó la frente y leyó la nota—: «Sólo se compra para enseguida tirarlo afuera otra vez.»

«Cielo Santo.» El hecho de que el médico hubiera pronunciado aquellas palabras sin vacilar ponía de manifiesto hasta qué punto se hallaba atrapada en aquella pesadilla. Por algún motivo Vanessa había perdido la capacidad de comunicarse de cualquier modo posible. En ese momento era incapaz de emitir una palabra; no podía leer e incluso presentía que había olvidado cómo se escribía su nombre.

Una vez más, el médico enfocó la linterna directamente en las pupilas. De repente, tuvo la sensación de que el resto de sus sentidos se adormecían: ya no percibía el mal olor que desprendía su

cuerpo ni sentía la alfombra bajo sus pies. Tan sólo notaba el temor que la invadía, un miedo cada vez mayor, mientras las voces confusas a su alrededor iban desvaneciéndose poco a poco. Tan pronto como el médico había pronunciado aquella corta frase de la nota, una fuerza invisible se había apoderado de ella.

«Sólo se compra para enseguida tirarlo afuera otra vez.»

Era la misma fuerza que la empujaba a agitar continuamente sus manos frías. Había vuelto al lugar que no hubiera querido ver nunca más, al lugar que había abandonado apenas unos minutos antes.

«No era un sueño. ¿O quizá sí?»

Intentó hacerle una señal al médico. Sin embargo, cuando la imagen del hombre empezó a disiparse, lo comprendió todo, y el terror volvió a invadirla de nuevo. Era cierto: no podían oírla. El médico, la mujer, los policías... Ninguno de ellos había sido capaz de hablar con ella. La razón era que ella nunca había llegado a despertarse en aquella pensión barata. Todo lo contrario. Cuando la lámpara halógena que había sobre su cabeza empezó a moverse de nuevo supo por fin la verdad: se había desmayado en el momento que iban a torturarla. No era aquel loco perturbado, sino que era la habitación del hotel la que había formado parte de un sueño que ahora huía ante lo irreal.

«¿Puede que me esté equivocando de nuevo? ¡Socorro, ayúdame! Ya no sé dónde estoy... ¿Qué es real? ¿Qué no lo es?»

Todo había vuelto a ser como antes. De nuevo el sótano húmedo, la mesa metálica, la silla de ginecología en la que permanecía atada. Desnuda, tanto que podía sentir la respiración de aquel loco entre sus piernas, su aliento rozándole la parte más sensible de su cuerpo. Entonces, su cara llena de cicatrices surgió justo ante sus ojos y una boca desfigurada le dijo:

—He vuelto a marcar en esta zona. Ahora ya podemos empezar.

Cogió el soplete.

## En la actualidad, 10:14 horas. Mucho tiempo después del miedo

—Señoras y señores, ¿qué les ha parecido esta presentación? Una mujer despierta de una pesadilla y de pronto se encuentra inmersa en otra. Interesante, ¿no es cierto?

El profesor se puso de pie junto a la gran pizarra de roble y observó las caras confundidas de sus estudiantes.

Se acababa de dar cuenta de que aquella mañana su público se había esforzado más que él eligiendo la ropa. Como de costumbre había cogido al azar del armario uno de sus trajes arrugados. Cuando lo compró, el dependiente le había convencido de que debía quedarse con aquel traje extremadamente caro porque, según había argumentado, las rayas oscuras conjuntaban con el color negro de su cabello, que en aquel entonces llevaba algo más largo, con un ridículo estilo de rebeldía postadolescente.

Si ahora, años después, quería comprar algo que hiciera juego con su peinado, tendría que ser un traje de color gris ceniza con espacios claros y un agujero en la espalda como si fuera la coronilla de un monje.

—¿Qué dice usted?

Sintió un fuerte tirón en su menisco, que hizo que diera un paso hacia un lado torpemente. Solamente se habían inscrito seis voluntarios: cuatro mujeres y dos hombres. No era de extrañar; en pruebas como aquélla las mujeres siempre eran mayoría, ya fuera porque eran más valientes o bien porque necesitaban dinero con urgencia. En el anuncio del tablón se prometía una recompensa a todos los que quisieran participar en aquel experimento psicológico.

—Disculpe, ¿lo he entendido bien?

«Fila izquierda, segundo asiento.» El profesor miró la



lista para localizar el nombre del objeto de ensayo que había pedido la palabra: «Florian Wessel, tercer trimestre.»

El estudiante no había dejado de subrayar el texto con un lápiz perfectamente afilado mientras leía la introducción. Una pequeña cicatriz bajo el ojo derecho en forma de media luna revelaba que era miembro de alguna fraternidad de estudiantes. El chico dejó el lápiz entre las páginas del dossier y lo cerró de golpe.

—¿Se supone que esto es el protocolo de un tratamiento médico?

—En efecto.

Con una sonrisa amable, el profesor le dio a entender al joven que comprendía que estuviera sorprendido. Formaba parte, por así decirlo, del experimento.

—¿Soplete, torturador, policía...? Con su permiso, pero esto parece más bien el comienzo de una novela de suspense que el expediente clínico de un paciente.

«¿Con su permiso?» Hacía tiempo que no escuchaba una frase tan obsoleta como aquella. El profesor se preguntó si aquel estudiante que iba peinado con la raya en medio siempre hablaba así o bien era el ambiente melancólico que desprendía aquel lugar inusual el que hacía que se expresara de aquella manera. Era consciente de que algunos de los participantes habían huido rápidamente al conocer la terrible historia que encerraba el edificio en el que se encontraban. No les venía de doscientos euros.

Sin embargo, el hecho de que el experimento pudiera realizarse allí y no en otro lugar tenía su encanto. No existía un sitio mejor para hacer la prueba, a pesar del olor a humedad y de que el frío fuera tan insoportable que en el último momento hubieran considerado la posibilidad de limpiar la basura que había acumulada en la chimenea para poder encenderla. Al fin y al cabo era un 23 de di-

ciembre y las temperaturas estaban bajo cero. Además, habían alquilado dos radiadores de aceite, aunque no bastaban para calentar aquella habitación con techos altos.

—¿Dice usted que parece una novela de suspense? —repitió el profesor—. Bien, no va mal encaminado.

Junto una palma de la mano contra la otra como si rezara, sintiendo el olor que desprendían las yemas arrugadas de sus dedos. Las suyas le recordaban a las manos toscas de su abuelo. No obstante, a diferencia de él, el anciano había tenido que trabajar toda su vida al aire libre.

—El médico en cuyo consultorio se halló el documento que tienen ahora en sus manos era psiquiatra y compañero mío de trabajo: Viktor Larenz. Su nombre ya les debe sonar a estas alturas de curso.

—¿Larenz?, ¿no falleció? —quiso saber un estudiante que acababa de apuntarse al experimento el día antes.

El profesor consultó otra vez la lista e identificó al chico del pelo teñido de negro como Patrick Hayden. Aquel joven y su novia Lydia se habían sentado muy juntos: el espacio que quedaba entre ambos cuerpos era tan minúsculo que apenas habría cabido un trozo de hilo dental. Esta decisión era sobre todo idea de Patrick. En cuanto Lydia intentaba separarse un milímetro de su novio, el chico le pasaba el brazo por encima de los hombros con más fuerza y de nuevo la empujaba hacia él posesivamente. Llevaba puesta una sudadera de deporte con la inteligente frase «Jesús te ama»; justo debajo de ella podía leerse a duras penas: «Los demás piensan que eres un cabrón.» Patrick la llevaba puesta aquella vez que había ido a verle para quejarse de la mala nota de un examen.

—Viktor Larenz no viene al caso. —E hizo un gesto negativo con la mano—. Su historia no es importante para el experimento de esta noche.

—¿Y de qué se trata entonces? —quiso saber Patrick.

El joven juntó con fuerza las piernas bajo la mesa. Los cordones de sus botas de piel estaban desatados de manera que los vaqueros, que habían sido desgarrados no sin cierta profesionalidad, cayeran a conciencia por encima de la lengüeta doblada. De no ser así nadie podría ver el nombre de la marca de diseño en el tobillo.

El profesor no pudo evitar sonreír: zapatos sin atar, pantalones rotos, sudaderas malhabladas. Alguien de la industria de la moda se había propuesto ganar dinero con lo que resultaba una pesadilla para sus conservadores padres.

—Bien, deben saber que...

Volvió a sentarse en su sitio, junto a la pizarra, y abrió una cartera de piel tan desgastada que parecía que un gato la había utilizado para afilarse las uñas en ella.

—Esto que acaban de leer ocurrió realmente. Los expedientes que les he repartido son solamente unas copias sencillas del auténtico informe.

El profesor sacó un viejo libro de bolsillo.

—Éste es el original.

Puso el delgado volumen encima de su mesa.

En la cubierta verdosa del libro podía leerse en letras rojas *El Destructor de almas*. Sobre éstas, llamaba la atención la imagen borrosa de un hombre que parecía refugiarse en un oscuro edificio en medio de una tormenta de nieve y niebla.

—No se dejen engañar por la portada. A primera vista da la impresión de que se trata de una novela convencional; sin embargo, esconde mucho más.

Como si de un abanico se tratase, fue hojeando con los dedos desde la última hasta la primera de las cerca de trescientas páginas del libro.

—Muchos creen que este relato fue escrito por alguno de sus pacientes. Larenz trataba a diversos artistas, entre

ellos también a escritores. —El profesor parpadeó y añadió en voz baja—: Pero existe una segunda teoría.

Todos los estudiantes le observaron con atención.

—Una minoría piensa que fue el mismo Viktor Larenz quien lo escribió.

—Pero ¿por qué motivo?

Esta vez era Lydia la que había pedido la palabra. La chica de cabellos de color rubio oscuro y jersey de cuello alto gris casi negro era su mejor estudiante. No podía explicarse la atracción que ejercía sobre ella aquel mal estudiante sin afeitar, y aún entendía mucho menos que a la chica le hubieran denegado una beca a pesar de realizar un bachillerato brillante.

—¿Ese tal Larenz transformó sus escritos en una novela de suspense? ¿Por qué tendría que hacer ese tremendo esfuerzo?

—Eso es lo que habrá que averiguar esta noche. Ése es el objetivo del experimento.

El profesor apuntó algo en el bloc de notas que tenía junto a la lista de los participantes y se dirigió al grupo de jóvenes que estaban sentadas a su derecha y que todavía no habían dicho nada.

—Señoras, si tienen alguna duda lo entenderé.

Una chica con el cabello pelirrojo levantó la cabeza mientras el resto de ellas continuaban mirando el experimento que tenían ante sí.

—Todos los presentes en esta sala pueden meditarlo de nuevo, faltaría más. El experimento de verdad no ha comenzado todavía. Ahora pueden olvidarse de ello e irse a casa: todavía están a tiempo.

Las jóvenes asintieron con indecisión.

Florian se inclinó hacia delante y, nervioso, empezó a pasar el dedo índice por la raya de sus cabellos.

—¿Y qué pasa entonces con los doscientos euros?

—Solamente se les entregará a los que participen activamente, así como a aquellos que cumplan con el procedimiento obligatorio tal y como se describía en el anuncio. Deben leer el expediente al completo y sólo se les permite hacer pausas breves durante la lectura.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando lo terminemos?

—Eso también forma parte del experimento.

El psiquiatra se inclinó de nuevo y apareció seguidamente con una pequeña pila de formularios con el escudo de armas de la universidad privada.

—Les pido a aquellos de ustedes que deseen quedarse, por favor, que firmen aquí.

Repartió los acuerdos de conformidad mediante los cuales los sujetos del ensayo absolvían a la universidad de cualquier responsabilidad debido a posibles daños psicosomáticos que pudieran surgir, relacionados con la participación voluntaria en el experimento.

Florian Wessel cogió la hoja, la sostuvo en dirección a la luz y sacudió la cabeza enérgicamente al ver la marca de agua de la facultad de medicina.

—Me parece demasiado complicado.

Apartó otra vez el lápiz del expediente, agarró su mochila y se levantó.

—Creo que ya sé de qué trata todo esto. Y si es lo que yo supongo, me da bastante miedo.

—Su sinceridad le honra.

El profesor recogió el impreso de Florian y su expediente. Luego observó a las tres estudiantes que estaban sentadas en el otro lado y vio que cuchicheaban entre sí.

—Es verdad que no sabemos de qué se trata, pero Florian se va y es mejor que nosotras también nos quedemos fuera.

Una vez más, la pelirroja siguió siendo la única de las tres que se comunicaba con él.

—Como ustedes quieran. No hay ningún problema.

Recogió la carpeta de plástico nuevamente mientras las jóvenes cogían los abrigos del respaldo de sus sillas. Florian esperaba en la puerta con la capucha de la chaqueta y los guantes puestos.

—¿Y qué pasa con ustedes?

Se dirigió a Lydia y Patrick, que seguían hojeando vacilantes el expediente.

Finalmente ambos se encogieron de hombros.

—¡Qué más da! ¡Mientras no me saquen sangre! —dijo Patrick.

—¡Sí, qué más da!

Lydia consiguió por fin apartarse un poco de su novio.

—Usted se quedará todo este tiempo con nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y solamente tenemos que leer? ¿Y ya está?

—Eso es.

La puerta se cerró. Los chicos que habían decidido no participar en el experimento habían salido sin despedirse.

—Entonces me apunto. El dinero me puede ir bien.

Lydia le regaló al profesor una mirada de complicidad esperando a cambio un voto de silencio por su parte.

«Lo sé —reflexionó el profesor pensativo, y asintió con la cabeza a la joven—. Ha ido de muy poco. No hay que llamar mucho la atención.»

«Es evidente que necesitas el dinero.»

Todo había sucedido una calurosa semana de abril. Una ola de autocompasión se había apoderado de él un día, la misma que le había arrastrado a conocer la faceta más privada de la chica.

El único amigo que tenía le había aconsejado que debía cambiar su «esquema de siempre» si realmente quería dejar atrás el pasado. Tenía que hacer algo que todavía no hubiera hecho en toda su vida. Habían entrado en aquel bar después de tomar tres copas en otro sitio. No había nada de emocionante en aquello. Era un espectáculo inocente y aburrido, y salvo por el hecho de que las chicas bailaban sin la parte de arriba, sus movimientos no eran mucho más irresistibles que los de la mayoría de las adolescentes de una discoteca. Además, por lo que podía ver, tampoco existía allí una habitación trasera.

No obstante, justo cuando le estaba invadiendo la sensación de sentirse un hombre viejo y poco sociable, de repente Lydia apareció ante él con la carta de cócteles. Sin jersey de cuello alto y sin diadema, sólo con una falda de colegiala. Nada más.

Pidió y pagó un cóctel, pero no se lo bebió. Dejó a su amigo en el bar y se alegró de ver a la chica otra vez en la clase, sentada en primera fila. No habían cruzado una palabra; además, estaba seguro de que Patrick desconocía en qué trabajaba su novia fuera de clase. Aunque el chico tenía aspecto de ser de aquellos que conocen al barman por su nombre en bares de esa clase, no le parecía que fuera a ser muy tolerante si se trataba de sus propios intereses.

Lydia suspiró en voz baja y firmó el apartado que hablaba de la limitación de responsabilidad.

—¿Qué es lo que puede ocurrir?

El profesor carraspeó pero no dijo nada.

En vez de eso observó con mirada examinadora ambas firmas y echó un vistazo a su reloj.

—Bien, ya estamos listos.

Sonrió, a pesar de que no estaba para bromas.

—Empieza el experimento. Por favor, abran el expediente clínico por la página seis.

## **17:49 horas, un día antes de Nochebuena. Nueve horas y cuarenta y nueve minutos antes del miedo**

*Pág. 6 y ss. del Expediente Clínico n.º 131071/VL*

*Continuar leyendo  
sólo bajo supervisión médica*

—Imagínese la siguiente situación...

Caspar escuchó la voz de la vieja señora ante la que estaba arrodillado. Tenía un tono simplemente ronco que se oía como si estuviera detrás de una puerta cerrada.

—Un padre conduce de noche con su hijo por una carretera nevada a través de un bosque oscuro. El padre pierde el control del coche, choca contra un árbol y fallece en el acto. El joven sobrevive al accidente, pero está gravemente herido, por lo que le llevan al hospital y, una vez allí, ingresa en Traumatología.

El cirujano llega, se queda inmóvil al verlo y dice aterrorizado:

—Dios mío, no puedo operar a este chico. ¡Es mi hijo!

La señora mayor de la cama hizo una breve pausa y, a continuación, preguntó con voz triunfante:

—¿Cómo puede ser posible esto si el joven solamente tiene un padre?

—No tengo ni idea.

Caspar cerró los ojos confiando plenamente en el sentido del tacto para intentar reparar la ventana, por lo que sólo podía imaginar la sonrisa pícara de la mujer a sus espaldas.

—¡No me diga! Este acertijo no puede ser tan difícil para un hombre inteligente como usted.

El joven sacó la mano de detrás de los sólidos tubos y se volvió hacia Greta Kaminsky moviendo la cabeza en señal de desaprobación.



Tenía setenta y nueve años y era la viuda de un banquero. Había llamado a su puerta cinco minutos antes para pedirle si podía echarle un vistazo a su «caja charlatana». Así era como llamaba al televisor de grandes dimensiones con un soporte de tipo pedestal, demasiado grande para una habitación pequeña como la suya, en el ático de la clínica Teufelsberg. Naturalmente él le había accedido a hacerle el favor, si bien el profesor Rassfeld se lo había prohibido severamente. El director de la clínica no quería que Caspar abandonara su habitación sin supervisión.

—Me temo que los acertijos no son mi fuerte, Greta.

Respiró algo del polvo que se había acumulado detrás del televisor y no pudo evitar toser.

—Además, no soy una mujer. No puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.

De nuevo dejó caer su cabeza a un lado del televisor y, a ciegas, intentó encontrar por detrás el minúsculo enchufe del cable de la antena. El pesado aparato no se apartó ni un sólo milímetro de la pared.

—¡Tonterías!

Greta golpeó dos veces en el colchón con la palma de la mano.

—¡No se ponga así, Caspar!

«Caspar.»

Los enfermeros le habían puesto ese nombre.

De alguna manera tenían que llamarle mientras no supieran cuál era su verdadero nombre.

—¡Inténtelo de nuevo! A lo mejor resulta que es usted el rey de los acertijos. Quién sabe, ¡no recuerda nada!

—No es cierto —se lamentó, y metió aún más su mano en la hendidura que quedaba entre el televisor y el rugoso papel pintado de la pared—. Sé cómo hacer el nudo de una corbata, leer un libro o ir en bicicleta. Sólo son mis vivencias las que han desaparecido.

—El conocimiento que tiene usted de los hechos está en gran parte intacto —le había explicado la doctora Sophia Dorn, su psiquiatra, al inicio de su primera visita—. Sin embargo, todo lo que usted define como emocional, es decir, lo que forma parte de su personalidad, lamentablemente ha desaparecido.

Amnesia retrógrada. Pérdida de memoria.

No podía recordar su nombre ni el de su familia, ni tampoco su profesión. Ni siquiera sabía cómo había llegado realmente a aquella clínica privada de lujo. El antiguo edificio de la clínica Teufelsberg estaba situado a las afueras de la ciudad, en la montaña más alta de Berlín, que lleva su mismo nombre. Se había construido artificialmente a partir de las ruinas de las casas destruidas por las bombas durante la segunda guerra mundial. En la actualidad, la montaña Teufelsberg era un vertedero ajardinado, en cuya cima el ejército estadounidense había instalado sus dispositivos de escucha en los años de la guerra fría. Aquel hospital señorial de cuatro plantas en el que se encontraba Caspar había servido como casino para los oficiales de los servicios secretos hasta que, tras la caída del Muro de Berlín, el renombrado psiquiatra y neurorradiólogo Samuel Rassfeld lo adquirió en una subasta. El médico lo reformó con todo tipo de lujos transformándolo en uno de los hospitales más importantes dedicado a los trastornos psicósomáticos. Ahora, la clínica se alzaba en lo alto como un castillo protegido con puentes levadizos al pie del bosque de Grünewald, y solamente se podía llegar a ella a través de una estrecha carretera de acceso privado, en la que apenas diez días antes habían encontrado a Caspar, inconsciente, cubierto por una fina capa de nieve y con señales de congelación.

Aquella noche, Dirk Bachmann, el vigilante de la clínica, había llevado en coche a Rassfeld al hospital Westend, donde éste tenía una cita. Si solamente hubieran vuelto una hora más tarde habrían encontrado el cuerpo de Caspar congelado al borde del

camino. En ocasiones se preguntaba si, de ser así, hubiera cambiado alguna cosa.

«¿Qué es una vida sin identidad comparada con la muerte?»

—No debe atormentarse de este modo —le recordó Greta con un ligero tono de reproche, como si hubiera leído sus lúgubres pensamientos.

Parecía que hablaba con una doctora, y no con una compañera de hospital que se encontraba allí a causa de una psicosis de ansiedad que se le manifestaba cuando se encontraba mucho tiempo sola.

—El recuerdo es como una mujer bonita —le contó ella, mientras Caspar seguía buscando el maldito enchufe del cable de la antena.

—Cuanto más insista usted, más pronto huirá ella, aburrida. Tan pronto se dedique a pensar en otras cosas, la belleza volverá con usted por su propio pie, recelosa.

Se rió para sus adentros con tono agudo.

—Como nuestra preciosa terapeuta, que cuida de usted con tanto cariño.

—¿A qué se refiere ahora? —preguntó Caspar, sorprendido.

—Bueno, es algo que puede ver hasta una anciana. Creo que usted y Sophia hacen buena pareja, Caspaarr.

«Caspaarr.»

Cuando Greta pronunciaba su nombre con aquella «a» alargada y la «r» vibrante, la mujer le recordaba a una diva del cine de posguerra. Desde que su marido falleciera en un campo de golf a causa de una embolia, la mujer siempre pasaba la Navidad en aquella clínica privada. Allí no se encontraba sola si volvía a padecer un brote de depresión durante las fiestas. Por ese motivo se formaba un caos considerable cuando su televisor dejaba de funcionar. Tenía encendida la «caja charlatana» todo el día para no sentirse demasiado sola.

—¿Sabe? Si yo fuera más joven también quedaría con usted

algún día para tomar un té al ritmo de la música —soltó con una risa entre dientes.

—Muchísimas gracias —rió él.

—Se lo digo en serio. Cuando mi esposo tenía su edad, calculo que unos cuarenta años, sus cabellos oscuros también le caían sobre la frente con cierta coquetería. Además, sus manos eran tan simétricas como las suyas, Caspar, y... —Greta volvió a reírse entre dientes— ¡y le apasionaban los acertijos como a mí!

Palmeó dos veces como una profesora que le dijera a sus alumnos que se ha terminado la pausa del recreo.

—Así que vamos a intentarlo de nuevo...

Caspar suspiró con fuerza con cara divertida mientras Greta repetía su acertijo.

—Un padre y un hijo tienen un accidente de coche. El padre fallece, el hijo sobrevive al accidente.

A pesar de que la ventana estaba medio abierta, Caspar empezó a notar cómo le caía el sudor.

La mañana había estado sumida en un cúmulo de aguanieve y, al llegar la tarde, las temperaturas habían bajado de los cero grados. Fuera, en medio del bosque de Grünewald, habría probablemente hasta dos grados menos, en comparación con el centro de la ciudad. Pero a él parecía no afectarle en este momento.

«¡Ah! —Pasó la mano con su dedo índice por una anilla de metal que había en la carcasa de plástico—. Ahora sólo tengo que enchufar aquí el cable y...»

—El hijo queda gravemente herido y se lo llevan a urgencias. Sin embargo, el cirujano no quiere operarle porque el joven es su hijo.

Caspar se deslizó de detrás de la robusta pantalla, se levantó y cogió el mando a distancia.

—¿Cómo va eso? —dijo Greta con picardía.

—Ahora lo veremos —contestó Caspar, y encendió el televisor.

Al principio parpadeó levemente; entonces, la potente voz de un presentador de telediario inundó la habitación. Cuando al fin apareció la imagen correcta, Greta empezó a aplaudir como un niño con zapatos nuevos.

—Ya funciona. ¡Fantástico! ¡Es usted una maravilla!

«No sé qué soy», pensó Caspar sacudiéndose el polvo de los vaqueros.

—Será mejor que vuelva a mi habitación antes de que la enfermera se enfade de verdad... —quiso añadir él, pero Greta levantó la mano pidiéndole que se callara.

«... De nuevo tenemos noticias estremecedoras en relación con el supuesto Destructor de almas, que tiene atemorizadas a las mujeres desde hace ya varias semanas...»

Greta subió el volumen de las noticias con el mando a distancia.

## 17:56 horas

«Nos acaba de llegar la noticia de que su primera víctima es la actriz de veintiséis años Vanessa Strassmann, que ha fallecido esta tarde en Cuidados Intensivos del hospital Westend. La chica desapareció hace dos meses y medio al salir de clase y fue encontrada justo una semana después en un viejo motel de carretera. Estaba desnuda, desfallecida y paralizada.»

La pantalla mostró la foto de una mujer de belleza resplandeciente, como si las dramáticas palabras del presentador no hubieran sido suficientes, a fin de esclarecer la dimensión de la tragedia.

Dos nuevas fotos se proyectaron tras esta imagen. Alguien se había esforzado mucho para escoger las fotos más atractivas del álbum familiar.

«Al igual que las dos víctimas posteriores, la exitosa abogada Doreen Brandt y la profesora de educación primaria Katja Adesi,

parece que Vanessa Strassmann también presentaba en parte síntomas de desfallecimiento. Según declararon los médicos que la han tratado, la joven no fue violada ni golpeada, ni tampoco torturada. Sin embargo, estaba interiormente devastada y mentalmente destrozada. Hasta el día de su muerte, la fallecida solamente reaccionaba a los reflejos intensos de luz y sonido. Por lo demás, se mantenía en un estado similar al del coma.»

Las fotos desaparecieron dando paso a la vista exterior de un moderno complejo hospitalario.

«La causa de la muerte resulta un misterio para los médicos, quienes todavía no aciertan a entender qué les ocurrió realmente a las jóvenes mientras estaban en manos del asesino. Una pista podría ser la breve nota hallada en la mano de cada una de las víctimas, sobre cuyo contenido la policía no ha querido pronunciarse. Afortunadamente, hasta este momento no existen nuevos avisos de desaparición, y sólo podemos esperar que esta horrible serie de asesinatos haya llegado a su fin y no tenga continuación después de las fiestas. El mejor regalo de Navidad sería, sin duda, la noticia de la detención del Destructor de almas, ¿no es así, Sandra?»

El presentador se volvió hacia su colaboradora con una sonrisa profesional para dar paso a las noticias meteorológicas.

«Así es, Paul. Pero primero vamos a desearnos suerte para que el resto de los regalos también lleguen bien y a tiempo de ser colocados bajo el árbol de Navidad, ya que tras la nevada más fuerte en los últimos veinte años se espera que caiga aguanieve en muchas ciudades, lo que podría tener consecuencias en el tráfico. Además, hay fuertes tormentas...»

«Aguanieve», pensó Caspar al ver las señales de advertencia dibujadas sobre el mapa del tiempo de Berlín. Fue entonces cuando sucedió por primera vez.

La fuerza del recuerdo le sobrevino de forma tan intensa e inesperada que apenas fue capaz de controlarla.

—Volverás pronto, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. —El hombre le acariciaba los cabellos sudorosos que le habían caído sobre los ojos mientras sufría las convulsiones.

—No me dejarás mucho tiempo sola, ¿no?

—No.

Naturalmente, no podía escuchar sus palabras. Hacía tiempo que la pequeña era incapaz de mover siquiera la lengua, pero el hombre sentía cómo la niña le suplicaba sin palabras mientras le apretaba la mano con débiles dedos. Evitaba tener que atormentarse con la pregunta de si se trataba de una reacción consciente o tan sólo era un reflejo como el parpadeo incontrolado de su ojo derecho.

—¡Tengo tanto miedo! Por favor, ayúdame.

Su cuerpo frágil pedía ayuda, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Para distraerse fijó su mirada en el lunar redondo que, como si fuera el punto de un signo de exclamación, sobresalía en el pómulo de la niña.

—Voy a sacarte de aquí —le susurró—. Confía en mí.

A continuación le dio un beso en la frente y rezó para que no fuera demasiado tarde para ello.

—Está bien —musitó la niña sin mover los labios.

—¡Eres tan valiente, mi vida! Demasiado para tu edad.

—Ya lo sé. —Sus dedos soltaron la mano de él. —Pero date prisa —gimió ella en silencio.

—Claro. Te lo prometo. Te sacaré de aquí.

—Tengo miedo. ¿Vas a volver pronto, papá?

—Sí, aquí estoy, soy papá. Volveré enseguida y todo se arreglará, cariño. Todo volverá a ser como antes. No te preocupes, te llevaré conmigo otra vez y...